

LA FIGURA DE AUTORIDAD: SU UNIVERSO SIMBÓLICO Y LA POSMODERNIDAD

Authority Figure: symbolic universe and post-modernity

Larissa Balsamo Fasce*

Resumen

El estudio de la figura de autoridad tiene varios niveles de análisis que inevitablemente se entrelazan. En el plano individual implica una relación que se establece a través del proceso de identificación y cumple una importante función simbólica. En el plano social, la relación con la figura de autoridad depende de una complejidad de factores propios de cada época. En el presente artículo teórico intentamos aproximarnos a una comprensión de la función de la figura de autoridad para la formación de la psique individual, así como de la incidencia de los cambios socio-culturales en la percepción de la misma.

Palabras Clave: autoridad, identificación, posmodernidad.

Abstract

The authority figure study shows several levels of analysis which are inevitably interwoven. Individually, it implies a relation established through the identification process and carries out an important symbolic role. Socially, the relation to the authority figure depends on a set of factors which are proper of each time. This theoretical paper pretends to understand the role of the authority figure in the formation of an individual's psyche, as well as the effect of socio-cultural changes on the perception of it.

Key Words: authority, identification, post-modernity.

* Psicóloga, Magister en Antropología Psicoanalítica y Prácticas Clínicas del Cuerpo por la Universidad Paris VII

INTRODUCCIÓN.

Existe una tendencia más o menos generalizada a pensar el término "autoridad" desde la perspectiva vinculada a conceptos como dominio, obediencia o poder. De hecho, este punto de vista está bien consolidado desde los ámbitos sociológicos o políticos. Desde la psicología, sin embargo, el análisis de la autoridad presenta ciertas dificultades debido, por un lado, a que no existe una definición unitaria del término; y por otro lado, al énfasis que se suele poner en el estudio de sus desviaciones, en vez de enfocarse -que precisamente nuestro cometido en este artículo- en el desarrollo de la figura de autoridad en sí misma (Roccató y Converso, 1996) y en su importancia como principio estructurador y ordenador. Tomemos en cuenta algunas definiciones. Para Milgram, por ejemplo, el concepto de autoridad se vincula al control social dentro de una situación determinada. Para Kelman (1989), es una forma de influencia social en el sentido de que se acepta la legitimidad de quien la detenta. Para Weber (1944), la autoridad tiene que ver explícitamente con el poder, la dominación y la obediencia. Estos tres enfoques se articulan en torno a un rasgo en común sobre el concepto de autoridad: la necesidad de la existencia de otro, lo cual nos habla de una relación, de un vínculo. Quizá, la definición que da Fromm (1984) sea la más explicativa. Para él se trata de una relación interpersonal donde un sujeto considera a otro como superior. Si bien es cierto que la relación con la autoridad no implica necesariamente la fuerza o la coacción, sí presupone una obediencia voluntaria que garantice la actuación de la autoridad real. En este sentido, la primera condición necesaria para que esta relación tenga lugar es que percibamos a la figura de autoridad como legítima, lo cual implica que sea relevante para nosotros (Milgram, 1975).

Desde el punto de vista del psicoanálisis, esta relación tiene su origen en el proceso de identificación con las primeras figuras representativas para el niño el cual va moldeando la psique durante los primeros años de desarrollo. Las primeras figuras de autoridad en la vida del individuo son sus padres, alrededor de quienes se produce una fuerte dependencia, sobre todo en la primera etapa de la vida. Estas experiencias están tan profundamente ancladas en el sujeto que el lazo con la autoridad puede prolongarse.

Cuando el niño nace se encuentra en un primer momento psíquico descrito por Freud (1930) como un

estado primordial en el cual el Yo lo es todo, es decir, es incapaz de reconocer el mundo exterior. Castoriadis (1999), retoma esta misma idea freudiana y la desarrolla. Él llama mónada psíquica a un estado, incluso anterior a la fusión con la madre, en el cual no existe nada fuera del sujeto mismo. Esta es una etapa que se caracteriza por la omnipotencia del pensamiento que alude a que todo lo que el niño desea será satisfecho por la representación que tiene de lo deseado. En otras palabras, dado que el sujeto lo es todo y no reconoce el mundo exterior, se representa a sí mismo como fuente de placer, es decir, como si él mismo fuera capaz de dar cumplimiento a dicho placer. Esto significa que cuando un deseo aparece, éste se realiza mediante la representación. Es un momento de omnipotencia que se ve corroborada por la presencia de la madre que acude a su lado siempre que éste la necesite. El niño se encuentra en una suerte de mundo cerrado, altamente estructurado y, por lo tanto, lleno de sentido, al que Castoriadis llama núcleo monádico. Sin embargo, si la psique permaneciera en este estado no sobreviviría. Por ello, es necesario que la sociedad ejerza su influencia, a través de un sujeto ya socializado que represente la cultura, con el fin de romper la mónada. Esta influencia socializadora será ejercida en primera instancia por la madre, que es, siguiendo a Elias (1990) el primero de una serie de círculos concéntricos (la familia, clan, localidad, grupo de pares, nación, raza) que interactúan en la psique del individuo en formación a través de los cuales el mundo de sentido se va ampliando paulatinamente, en tanto el individuo se va identificando con el mundo instituido. La ruptura del núcleo monádico provoca una desestructuración de ese mundo, la cual es vivida como una pérdida de sentido, que llevará al sujeto, durante el resto de su vida, a intentar recuperar dicha pérdida, aunque de forma incompleta, a través de las fuentes de sentido que le ofrece su sociedad. Esto es, mediante el proceso de identificación con personas, tareas, instituciones, etc.

Para Freud (1921/1996, p. 99), la identificación es "... la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona". Esto quiere decir que es un proceso por el cual los sujetos buscan parecerse a alguien o a algo ya sea en formas de ser, de conducirse o de pensar, pero a través de un lazo afectivo, es decir, de un vínculo. En general, la identificación es un proceso clave, estructurante del psiquismo infantil, a través del cual quedan impresos los modelos que permitirán al individuo proyectarse a un futuro y ser capaz de

definirse él mismo. Es lo que Piera Aulagnier (1993) define como 'proyecto identificador', el cual se refiere a una imagen ideal que elabora el Yo para sí mismo, a través de la cual se autoconstruye continuamente a lo largo de su vida. En esta travesía que recorre el psiquismo desde sus inicios, y que logra un asiento importante con la resolución del Complejo de Edipo, la figura de autoridad, entendiéndola como representante de la ley, cumple un rol fundamental al ir modelando y determinando los límites de conducta en el niño. De esta manera, se perfila también las consecuencias que tendrían la expresión tanto de las pulsiones sexuales como hostiles que, de manifestarse sin control, pondrían en peligro la convivencia de los seres humanos y la estructura social tal como la conocemos. En este sentido, la función de la autoridad es soporte y continente.

Las restricciones que comienzan a imponerse al niño pueden ser catalogadas en dos grupos: prohibiciones sobre los deseos amorosos y prohibiciones sobre los deseos hostiles, es decir, la prohibición del incesto y del asesinato. Ambas prohibiciones permiten el ingreso a la vida en sociedad porque son condiciones esenciales que la sociedad y la cultura exigen para organizarse y garantizar a sus miembros su perpetuidad. Sin la socialización de la psique a través de las normas y leyes de su sociedad, el individuo no podría convertirse en tal. Por ello, Castoriadis (1999, p. 120) dice que el individuo es una fabricación social, lo cual nos remite indefectiblemente a la significación de la institución. La institución remite al modo de relación que mantiene unidos los elementos del total; y las significaciones, como por ejemplo los dioses, la patria, los tabúes, Dios, etc., nos hablan del modo de ser de una totalidad. El término 'institución' se refiere al lenguaje, a la religión, al poder; a lo que es el individuo en la sociedad; a lo que es ser hombre y ser mujer, y son ellas las que hacen que la sociedad permanezca unida.

El padre cumple una función simbólica muy importante: es el que marca los límites del yo al niño y al mismo tiempo le contiene protegiéndolo de sus propias pulsiones e instintos. Es decir, es representante de la Ley. En toda sociedad existe una 'Ley' -con mayúscula- que está referida a la ética y a las instituciones. Se trata de la ley que legitima, reproduce y mantiene el orden social. Toda figura de autoridad es simplemente un mediador que se remite a un orden ya configurado y al que, además, ella misma obedece. Esta mediación que desempeña la figura de autoridad entre la Ley y el

niño, es fundamental para que éste sea capaz de acceder a este código simbólico. En este sentido, se impone la necesidad de una etapa más o menos autoritaria en la que la figura de autoridad imponga prohibiciones dentro de un marco que puede ser más o menos autoritario pero sin implicar violencia o fuerza. "Sólo quien soportó el rigor del padre en ese momento inaugural en el que se lo supuso omnipotente podrá acceder a un sistema de legalidades (...)" (Milmaneu, 1995, p. 52).

FIGURA DE AUTORIDAD Y POSMODERNIDAD

El desarrollo socioeconómico tiene un impacto determinante en el curso que van tomando los cambios culturales y los valores. Según Inglehart (2005), el cambio cultural tiene dos fases principales: la industrialización y la posindustrialización. La industrialización trajo como consecuencia la burocratización y la secularización, mientras que la sociedad posindustrial pone el énfasis en valores como la autonomía y la auto-expresión. Ambos cambios culturales inciden de manera diferente en la percepción de la autoridad: con la industrialización aparece la secularización de la autoridad; con la posindustrialización la tendencia predominante es la emancipación de la autoridad.

La etapa industrial produce un aumento no sólo de la productividad sino también de la población, lo que implica un cambio radical si se le compara con la sociedad agraria. En la sociedad agraria las personas se encontraban a merced de las fuerzas de la naturaleza que ellos no podían controlar; vivían de la agricultura, y dependían de las estaciones, de la lluvia y del sol, cosas estas que venían del cielo. En esta etapa aparece la religión como una forma de controlar lo incontrolable con oraciones a dioses antropomorfos. Por el contrario, el incremento de la tecnología en la sociedad industrial permitió a las personas tener la sensación de un mayor control sobre su entorno y menos dependencia de la naturaleza. El mundo se burocratiza, se mecaniza, se racionaliza. Comienzan a aparecer ideologías de corte materialista que ofrecen diferentes interpretaciones de la historia y del mundo, pero estas ideologías son tan dogmáticas como la religión misma. Esto significa que la vida y el trabajo se organizaban todavía en torno a una disciplina rígida. En este contexto, la figura de autoridad se mantenía básicamente a nivel externo en el sentido que era sentida como esta fuerza omnipresente que vigilaba las acciones sociales. La diferencia con la sociedad preindustrial radica en que

en este período la figura de autoridad se concentraba en Dios o los dioses, mientras que en el período industrial se dividía, digámoslo así, en otras fuentes externas y racionales: la ciencia, el progreso tecnológico, así como un mundo cada vez más altamente mecanizado.

Cuando la sociedad posindustrial emerge, trae consigo una nueva ola de cambios culturales que giran en torno a las actividades laborales. En general, se observa que una gran parte de la fuerza laboral deja de trabajar en las fábricas. Las personas comienzan a trabajar con otras personas, con símbolos, y sobre todo con información. El foco de la actividad humana ya no está en la producción de objetos ni en las tareas rutinarias, de eso se encargan los robots y las computadoras. El foco se encuentra más bien en el procesamiento de la información, en el intercambio comunicativo con otros, en el desarrollo de ideas y en la innovación (de productos, de conocimiento). El trabajo es cada vez más individual lo que favorece que cada vez el individuo sea más autónomo en la toma de decisiones, juicios y elecciones. Lo que esto quiere decir es que hay una flexibilización de la conducta a la hora de llevar a cabo las tareas lo que hace que redunde en una mayor autonomía y auto-expresión. Estos cambios son favorecidos por tres factores:

1) En primer lugar, se alcanzan los niveles de bienestar y prosperidad más altos jamás logrados en la historia de la humanidad en cuanto a vestido, alimento, vivienda, educación y salud, a los cuales tiene acceso un número cada vez mayor de personas.

2) Existe la presencia de una movilización masiva de la educación y el conocimiento donde las herramientas cognitivas son cada vez más importantes y la competencia que esto implica también crece.

3) Por último, brota el germen de cierta flexibilidad organizativa que hace que los lazos que mantienen unido el entramado social sean susceptibles de romperse fácilmente, fomentando la tendencia creciente a la individualización.

Todos estos elementos vienen a introducir un cambio brusco en la percepción de la autoridad, en el sentido de que los individuos tienden a rechazar la adhesión a una autoridad externa, cualquiera que esta sea. Esto quiere decir que los individuos aceptan cada vez

menos reglas y normas prescritas, ya no confían en instituciones u organizaciones. El hecho de que las decisiones y las elecciones dependan de los individuos en particular hace que el referente a seguir sea Yo mismo, de modo que la autoridad se constituye en una instancia internalizada desde un punto de vista cultural.

En el desarrollo individual, el período durante el cual se internaliza la norma corresponde a la caída del complejo de Edipo y a la instauración del Superyó. Rozitchner (1972), señala que el Complejo de Edipo individual tiene su antecedente en el Complejo de Edipo colectivo. Así como el padre y otras figuras que cumplen sus veces van insertando en el psiquismo del niño mandatos y prohibiciones que se instalan primero como ideal del yo y, posteriormente, se consolidan como conciencia moral, también los sentimientos sociales tienen un fundamento similar (Freud, 1923). A ellos se les podría llamar 'ideal del Yo social': aquí se asientan la religión, la moral y la ética. Su fin consiste en restringir las mociones pulsionales de celos y hostilidad de los individuos, las que desatadas atentarían contra el orden social y la prolongación de la cultura. Siguiendo esta misma línea, el Superyó sería la instancia a través de la cual el sujeto accede a la cultura, es decir, el agente "culturalizador". La cultura exige el acatamiento de ciertos ideales asentados sobre la base de personalidades conductoras, de líderes de una gran fuerza espiritual, pero también en la ética, las leyes, normas e instituciones.

Proceso cultural y proceso individual están íntimamente relacionados. Rozitchner sostiene que el proceso individual vendría a ser el heredero de un proceso mayor, más amplio, que en su momento organizó y fundó la vida en comunidad. Es lo que él llama el paso de la "horda primitiva" a la "alianza fraterna", que hace alusión al mito "Tótem y Tabú" que escribió Freud. El mito alude precisamente a la emancipación de la autoridad externa y su interiorización y, por lo tanto, se refiere a la independencia y a la autonomía. La trascendencia del paso de la horda primitiva a la alianza fraterna, al dar muerte al opresor, es la creación de un espacio que posibilitará el surgimiento de la colectividad, es decir, la vida en sociedad y la instauración de la institución. No perdamos de vista que el mito de Tótem y Tabú no pretende ser un dogma; es solamente una interpretación de cómo se organiza la sociedad y de cómo podría haberse fundado la institución en un pasado muy remoto.

Ahora bien, de ninguna manera debe pensarse que estos dos procesos, cultural e individual son iguales. Están atravesados por objetos distintos y por consiguiente cada uno persigue diferentes fines: el individuo busca su satisfacción personal, mientras que la sociedad busca establecer los límites que harán posible la convivencia entre los hombres sin que la cultura se destruya. Para que esto sea posible, el individuo debe interiorizar su cultura y sus exigencias, vale decir, los preceptos morales y las restricciones éticas que le permitan encontrar puntos de identificación con su sociedad, integrarse a ella y sentirse perteneciente a ella. Por supuesto, la sociedad tiene que ofrecerle estos puntos de anclaje.

Podemos decir entonces que el meollo del espíritu posmoderno es la emancipación de la autoridad, pero de la autoridad externa. De esta manera se explica el aumento de la autonomía y de la auto-expresión. En el individuo, la autonomía se vincula, en términos generales, a la conciencia y a la voluntad. Ambas facultades pertenecen al Yo. Y es el Yo, desde una perspectiva conciente quien debe tomar el lugar de lo instintivo a lo que se ve sometido el sujeto: "Allí donde estaba Ello debe advenir Yo" (Freud, 1933, p. 74). Con instintivo nos referimos a todo ese lado inconsciente del sujeto donde están todas aquellas fuerzas que controlan al Yo, que lo someten, y que actúan por él sin que el sujeto pueda controlarlo. La autonomía viene a ser, entonces, "la legislación o la regulación por sí mismo" (Castoriadis, 1983, p. 174). En otras palabras, significa dictarse el Yo sus propias leyes, lo cual no equivale a decir que le está permitido al individuo hacer lo que quiera, sino poner en tela de juicio los valores, la moda, las opiniones dadas en los medios de comunicación, las convenciones, etc.

La autonomía consiste en un cambio de actitud; implica entablar una relación distinta entre conciente e inconsciente donde el Yo no es algo terminado y pasivo, sino más bien es un estado inacabado y por lo tanto activo, cuyo proceso va a durar toda la vida. De alguna manera, es un Yo que sabe que está influido por ciertas fuerzas ocultas e inconscientes, que son parte de él y además necesarias para que el Yo establezca un diálogo fluido, en el que se retoma sin cesar lo ya adquirido para organizarlo, cuestionarlo y replantearlo, ayudándose siempre por estos mismos contenidos, que además son inherentes a cada Yo en particular. Esto es muy importante porque significa que por más autónomo que

sea un sujeto siempre estará anclado en la sociedad en la que se ha formado, participando de su historia, sus valores, sus tradiciones, aunque haya alcanzado su propia autonomía.

El planteamiento que trae la posmodernidad es precisamente el de la emancipación de la autoridad en el sentido al que nos venimos refiriendo. Por supuesto, los factores que interactúan son muy complejos -no los estamos abarcando todos, no lo pretendemos- y abarcan los tres niveles de los que hablábamos al principio. Hay que tener en cuenta que la posmodernización no es un proceso homogéneo y global, aunque exista la tendencia a serlo cada vez más marcada. Esto está directamente relacionado con el desarrollo económico y por eso se hace referencia a países desarrollados. Hay sociedades en el mundo que aún están en una etapa preindustrial. Incluso, como el impacto incide sobre todo en un cambio cultural y en valores, puede que diferentes generaciones dentro de un mismo país no hayan entrado a la etapa posmoderna. Y esto es claramente observable en los valores centrales de una generación.

Definitivamente, el valor más importante que nos ha traído la posmodernidad es la autonomía. La palabra autonomía deriva de autos (sí mismo) y nomos (ley). Así como el individuo autónomo se dicta a sí mismo sus propias leyes, también lo hace una sociedad autónoma. La autonomía compete a la colectividad entera puesto que implica una relación con un 'otro' que contiene instituciones, valores, formas establecidas, un pasado y un futuro, aquello que está hecho y aquello que está por hacerse. No obstante, para que una sociedad sea autónoma tiene que estar formada por individuos autónomos. El régimen que expresa por excelencia a una sociedad autónoma es la democracia. Un individuo autónomo es aquel que se permite cuestionar y reflexionar acerca de su propia existencia; una sociedad autónoma, es decir, una sociedad democrática es aquella donde se toman decisiones en conjunto y donde se permite volver sobre lo ya decidido para analizarlo y cambiarlo. La democracia, entonces, no da nada por hecho, por terminado; al contrario, constantemente replantea las leyes que elabora, así como las concepciones de justicia, libertad e igualdad. Dice Castoriadis (1997, p. 244) que "... la creación democrática es la creación de la interrogación ilimitada ...". Esto quiere decir que el cuestionamiento es constante.

Cuando hablamos sobre la forma en que el psiquismo del individuo se va estructurando, nos referimos al padre como la figura que representa la autoridad y la ley. Su intervención en la consolidación del aparato psíquico es determinante al dictar la prohibición del incesto y del asesinato, terminan de insertar al niño en la sociedad; y para la sociedad, ambas interdicciones hacen posible la existencia de la institución. El límite es, por tanto, el fundamento de las sociedades democráticas. Lo importante de la autonomía es que establece una diferenciación entre el Yo y los 'otros'. Diferenciarse implica límites bien definidos, impuestos más allá de la violencia o el castigo sádico. Si hay límites, entonces puede reconocerse el otro en una relación de alteridad, donde nos podemos definir como personas individuales y únicas. En este sentido, las diferencias entre los diversos grupos minoritarios -étnicos, religiosos y culturales- son aceptadas y toleradas.

Se puede tener la sensación de que la posmodernidad trae consigo un relajamiento de las normas que hacen que todo sea relativo y que la figura de autoridad entre en decadencia. Para Flanagan (citado por Inglehart, 2005), por ejemplo, ya no existen reglas ni principios morales absolutos de modo que todo tiene que ser tolerado en un entramado social relativo. Inglehart tiene otra lectura. Él dice que más bien existe la tendencia a la manifestación de una sociedad más humanista donde prevalezca el potencial autónomo del ser humano como autoridad en sí misma y como norma. Si bien hay un cambio evidente en ciertos principios, no quiere decir que todo sea tolerado: de hecho muchas cosas que eran toleradas hace un siglo ya no se aceptan, por ejemplo la discriminación de las minorías, de personas con discapacidad, la prevalencia de los derechos humanos y de la democracia como valor. No vamos a entrar a analizar aquí si existe o no una autoridad en decadencia y por qué puesto que excede el marco de esta charla. Lo que nos interesa es analizar la figura de autoridad como principio ordenador tanto a nivel individual como social.

Nosotros creemos que la posmodernidad constituye un cambio importante en las relaciones humanas porque como dice Castoriadis, la importancia de la autonomía está en la capacidad de reflexión y auto-observación. El reto está en no dejar que la institución caiga en decadencia, sino en mantener y fortalecer los límites que ella marca, porque es justamente la institución el principal articulador de la vida en sociedad.

CONCLUSIONES

De lo expuesto podemos concluir lo siguiente:

- La autoridad supone una relación interpersonal donde se presupone el reconocimiento de que una de las partes es superior a la otra que obedece voluntariamente, sin que necesariamente se recurra a la fuerza o a la coerción.
- La identificación es un proceso clave para que la figura de autoridad se consolide como principio ordenador y estructurador del psiquismo.
- La interiorización de la figura de autoridad durante el desarrollo psíquico permite el acceso a la cultura y a la sociedad, así como el acatamiento de las normas y leyes.
- La posmodernidad trae consigo la tendencia a la emancipación de la autoridad, cuyos valores principales son la autonomía y la auto-expresión.
- La autonomía establece una diferenciación entre el Yo y los 'otros'. Lo cual implica límites bien definidos, impuestos más allá de la violencia o el castigo sádico.
- Mientras más sólida sea la institución, esto es, mientras mejor delimitados tenga sus límites, mayores serán las posibilidades del individuo de alcanzar la autonomía.

REFERENCIAS

- Aulagnier, P. (1993). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*. Vol. 1. Tusquets Editores. Barcelona.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Castoriadis, C. (1999). *Figuras de lo pensable*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Eliás, N. (1990). *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- Freud, S. (1996). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Introducción al narcisismo (1914). T. XIV.

- Psicología de masas y análisis del yo (1921). T. XVIII.
 - El yo y el ello (1923) T. XIX.
 - El malestar en la cultura (1930 [1929]). T. XXI.
 - ¿Por qué la guerra? Einstein y Freud (1933 [1932]). T. XXII.
- Fromm, E. (1984). *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós.
- Inglehart, R. y Welzel, C. (2005). *Modernization, cultural change and democracy: The human development sequence*. New York: Cambridge University Press.
- Kelman, H. C. y Hamilton, V. L. (1989). *Crimes of obedience: toward a social psychology of authority and responsibility*. New Haven and London: Yale University Press.
- Lhullier, L.A. (1995). Autoritarismo, autoridad y conciencia moral. Un análisis psico-social. *Psicología Política* 11, 69 - 84.
- Milgram, S. (1975). *Obedience to authority: an experimental view*. New York: Perennial Classics (2004).
- Milmaniene, J. (1995). *El goce y la ley*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Roccató, M. y Converso, D. (1996). Cómo y por qué es necesario volver a estudiar el autoritarismo. En: *Psicología Política*, 13, 63 - 79.
- Rozitchner, L. (1972). *Freud y los límites del individualismo burgués*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores S.A.
- Weber, M. (1944). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.